

## Libros y librereros

Pablo ANTOÑANA\*

**E**l libro, una pasión nunca saciada, jamás se agota esa sucesión infinita de los libros que expanden, aroma narcotizante, fragmentos de conocimiento que, por otra parte, nunca llegará a su término ni a su acabamiento; una imposibilidad de comprender todo cuanto hay que saber, cuanto se ha escrito, cuanto hay por explorar, en el cosmos, un agujero, un vacío oscuroísimo donde parece ser que habita Dios, las escrituras lo dicen, en el mismo hombre, ese enigma indescifrable, cuya indagación completa nunca culminará. El libro, un intento de aproximación confusa al misterio que nos envuelve como espesa tela de araña. Las oficinas donde se le pare y cría algo tiene que ver con este fruto, convertido muchas veces en producto comercial, objeto de venta, como la patata, la carne o la berenjena, qué triste. Pero más cumple el librero que sirve el libro buscado, el apetecido, el deseado, todos. Comparo el proceso que sigue el curso del libro con el del vino, otro estimulante del alma, que de las oficinas de cría del vinatero pasa a la taberna y es aquí, en sus mostradores, donde se expende, desfraguado o maduro y sano. El librero (el buen tabernero) aconseja, después viene el hojeo (paladeo y ojeo), y la compra. Un librero que se precie es un amigo íntimo del libro, lee antes, pregunta, se cerciora, y aun cuando tiene vino malo y bueno, da a cada paladar su gusto. Mi primer contacto con una librería viene de tan lejos que no queda ceñido a un solo recuerdo y se pierde en el tiempo. Cuándo visité la primera librería no lo sé. Cuándo compré el primer libro, tampoco. Ni cuál fue el primero en entrar en el baúl de varillas de hojalata donde guardé los que vinieron después. Recuerdo a dos librereros, uno era viejito, el otro también. Uno, republicano (yo lo suponía así por su rictus triste, su cautela al hablar, sus modales educados, en aquel tiempo de ignominia, cuando todavía los trenes bajaban o subían llenos de soldados), vendía además de plumillas y cuadernos escolares, revistas y la colección Dédalo, Novelas y cuentos, que conservaban precios de cuando la Segunda República abolida, 20, o 30 céntimos (de peseta), y alguno llevaba el "pasado por la censura", que nos permitía leer a Lamartine, Gogol. Otro, atildado, usaba corbata a la que la plancha le había sacado brillo, tenía una librería en los porches de la calle Los Portales, Logroño, a donde acudí puntualmente cada lunes a comprar un volumen de la colección Austral, Espasa-Calpe. Me inicié en la generación del 98, y Unamuno, Baroja, Azorín. Sus manos dejaron en las mías las Sonatas de Don Ramón María del Valle Inclán, el ínclito, las *Cerezas del cementerio*, el *Obispo leproso*, de cuyo autor, Gabriel Miró, ya nadie habla y a mí tanto me entusiasmó. Un olvido sin justificar. Yo era entonces un muchachito que empe- zaba a leer con avidez, sin método, cualquier libro, papel, folleto, periódico, actual o de

# 145

---

\* Autor de *Pequeña crónica*

época me arrastraba hasta convertirme en lector caótico, a salto de mata, ignorando que un libro pide otro libro en una sucesión infinita y nunca iba a saciarse la sed ni el hambre que el libro provoca, imposible. Luego conocí un hombrecillo menudo, vestido como los tenderos o los maestros de escuela, en la librería de lance que tenía abierta en la calle Cuatro de Agosto, detrás del casino Mercantil, Zaragoza. Un casi cuchitril con sótano al que se bajaba casi de costado regentado por quien se llamaba Inocencio Ruiz, al que debo el favor de haberme introducido en la novela prohibida del siglo XIX, Zola, Balzac. Ya estaba haciéndose como librero y así lo recordaría años después el ilustre lingüista y académico Manuel Alvar: “Los libros en manos de aquel hombre iban cobrando vida” y añade “el librero no es el mercader desamorado sino el guardián solícito”. Mucho le debo a Inocencio Ruiz, y si vive y me lee le mando un abrazo cordial y mi mejor recuerdo\*. Otras librerías que no curaron mi enfermedad apasionada por el libro sino que la avivaron fueron la Librería General, también en Zaragoza, en los porches, y Pórtico, en el paseo de la Independencia. Eran tiempos oscuros y aciagos para el libro, mal visto por el nacional-catolicismo vigente.

Y ahora el librero que conocimos ya no existe. Aquel casi tendero humilde recluido en recatados recintos, todavía con mostrador de madera y escaparates de tablonés abatibles, en los que el libro no era mercancía sino apetecido fruto, está casi desapareciendo sustituido por los almacenes en que se han convertido muchas librerías, y expuestos a granel en los anaqueles de los supermercados, sin cariño, sin amor, sin la caricia de la mano del lector, apilados con el reclamo del bestseller, o de la novedad que dura pocos días, un mes quizá y ya luego al olvido. Una pena. La figura del librero aconsejador, dirigiendo al bisoño, recomendando al iniciado, siempre atento a lo nuevo y a lo viejo, hoy en ocaso.

---

\* Desgraciadamente, Inocencio Ruiz Lasala falleció hace cuatro meses en Zaragoza, a los 95 años de edad—  
N. de la R.